

Lorena sacó del armario un vestido negro ceñido, de tela brillante y con un escote pronunciado que caía en pico hasta casi rozar el ombligo. La espalda al aire y el bajo ajustado hacían que el vestido pareciera hecho a medida para resaltar cada curva de su cuerpo. Lo deslizó sobre su piel y se miró en el espejo de cuerpo entero, girándose ligeramente para comprobar cómo el tejido abrazaba su figura. Sonrió con satisfacción. Sabía que esa noche se iba a ver espectacular. Había gastado todos sus ahorros en aquel modelito sensual, que la hacía parecer una mujer peligrosa.

Nicol, sentada en la cama, tamborileaba los dedos sobre la colcha mientras revisaba su propio atuendo. Había elegido un vestido rojo, corto y con aberturas estratégicas a los lados que casi llegaban hasta su cadera. Se levantó y se lo ajustó mejor, asegurándose de que el escote quedara en su punto justo, atrevido, pero sin llegar a lo vulgar. Luego sacó un par de tacones de aguja negros de su bolso y se los puso con cuidado. "Tía, estos zapatos son matadores. Como me hagan correr, me mato", comentó, observando cómo los finos tacones elevaban su figura.

Lorena, sin apartar la vista de su reflejo, cogió sus propios stiletos negros de ante. Se los calzó y caminó unos pasos, asegurándose de que la caída de su vestido fuera perfecta con el movimiento.

— Nada de correr. Nos vamos a mover como si flotáramos. Seguridad, control y elegancia en cada paso.

Nicol arqueó una ceja y se dejó caer en la cama.

— Mira quién habla de elegancia, la que se ponía shorts con lentejuelas y tops de leopardo en la feria del barrio.

Lorena sonrió con autosuficiencia y se acercó a la mesa del tocador.

— Precisamente por eso. Hay que evolucionar. Si queremos movernos en otro círculo, tenemos que cambiar. No vale con ponernos un vestido caro y tacones. Tenemos que aprender a llevarlo.

Sacó su neceser de maquillaje y empezó a preparar los productos frente al espejo.

— Nada de bases pesadas. Queremos un efecto glow, no una máscara. Un toque de iluminador en los pómulos y la nariz para que parezca que nos brilla la piel de manera natural. Los labios rojos quedan demasiado obvios. Mejor un nude jugoso o un gloss transparente. Los ojos, ahumados pero sin parecer mapaches. Un trazo fino de eyeliner para levantar la mirada y pestañas infinitas, pero naturales. Tenemos que sacarnos el pelaje a choni que teníamos.

— ¿y las uñas? – preguntó Nicol

—

Nicol la observaba mientras se maquillaba con movimientos precisos. - Joder, pareces una profesional.

— Lo soy, o al menos lo voy a ser. - Lorena le pasó una brocha y un iluminador. - Póntelo aquí y aquí. Y cuidado con la cantidad, que no parezca que tienes una capa de barro en la cara.

Mientras Nicol seguía sus indicaciones, Lorena sacó un perfume caro, una de las cosas que Javi le había regalado y que no había tenido corazón para rechazar. Se lo pulverizó en los puntos estratégicos: muñecas, cuello, clavícula. Después le pasó el frasco a Nicol.

— Este huele caro. Nada de esos perfumes dulzones que usábamos antes. Queremos parecer dos influencers, o dos modelos.

Nicol se aplicó el perfume y se miró en el espejo con una mueca pensativa.

— Tía, ¿pero no te das cuenta de que qué si abrimos la boca se nos va a notar que somos dos tías de barrio?

Lorena rió suavemente mientras perfilaba sus cejas.

— Pues aprendemos a hablar. Nada de 'tía' cada dos frases, nada de gritar o gesticular como si estuviéramos en una pelea en la plaza. Cuando hablemos, pausadas, con seguridad. Como si cada palabra costara dinero. Y cuando caminemos, nada de ir a toda velocidad como si estuviéramos corriendo para pillar sitio en el metro. Lentas, como si el mundo tuviera que esperarnos. Mira Nicol. Yo ya lo he hecho. Y pasé la prueba con Javi. Me lo he currado. Me he pasado horas y horas viendo material de Instagram, escuchando podcats...

Nicol suspiró, mirándose en el espejo. - Me siento disfrazada.

— No es un disfraz. Es una versión mejorada de nosotras mismas.- Lorena se inclinó hacia ella y le arregló un mechón de pelo suelto. - Míranos. Si nos cruzáramos con nuestras versiones de hace dos meses, ¿crees que nos reconoceríamos?"

Nicol la observó con una mezcla de admiración y escepticismo. - Tienes razón, pero... ¿y si nos pasamos de finas y los tíos creen que somos unas estiradas?

Lorena sonrió con picardía, recogiendo su bolso de mano. - Ahí está la clave. Saber cuándo ser inaccesibles y cuándo darles justo lo que quieren.

Nicol la observó unos segundos más y luego se puso en pie, cuadrando los hombros y echando la cabeza hacia atrás con confianza.

— Vale, joder. Vamos a comernos Madrid.

— Paraaaa – se rio Lorena – Ni vale ni joder... tienes que decir: “ De acuerdo... Vamos a comernos Madrid” – suave y seductoramente.

Nicol sonrió y se acercó a la puerta: "Hagamos que Madrid se arrodille ante nosotras."

— Ahora sí... - rio Lorena agarrando del brazo a su amiga.

La cola frente a la discoteca era un hervidero de murmullos, risas estridentes y miradas evaluadoras. Grupos de chicos con camisas de marca, chicas con vestidos minúsculos y tacones de vértigo, todos esperando su turno para convencer a los porteros de que eran dignos de cruzar el umbral de aquel exclusivo lugar.

Pero Lorena y Nicol no hicieron la cola. Se abrieron paso con seguridad hasta la entrada, donde dos hombres de negro con pinganillos vigilaban el acceso con una indiferencia estudiada. Lorena deslizó la mano dentro de su bolso y sacó la pequeña invitación dorada con el logo del club en bajorrelieve.

— Venimos invitadas por Marcel —dijo con una sonrisa que no admitía réplica.

El portero más alto tomó la tarjeta y la examinó con una mirada neutra antes de hacer un leve gesto a su compañero. Sin más preguntas, apartaron la cuerda y les dieron paso.

Al cruzar la puerta, el cambio de ambiente fue inmediato. El aire era espeso con el aroma de perfume caro y alcohol. El bajo retumbaba en el pecho de Lorena mientras las luces pintaban destellos violetas y dorados en los cuerpos danzantes de la pista. A la derecha, una larga barra de mármol negro estaba custodiada por camareros impecablemente vestidos, sirviendo cócteles y copas con maestría. En la zona VIP, sofás de color oscuro rodeaban mesas iluminadas tenuemente por velas en cilindros de cristal.

— Joder, esto es otro rollo... —murmuró Nicol con la boca entreabierta, girando la cabeza en todas direcciones.

— Nicol....

— Perdón... - dijo ella riéndose.

Lorena avanzó sin vacilar. Sabía exactamente a dónde tenía que ir. Se acercaron a un camarero que escarchaba con sal meticulosamente el borde de una copa de martini.

— Estamos buscando a Marcel —dijo con la seguridad de quien sabe cómo comportarse en ese mundo.

El camarero alzó una ceja y miró de reojo hacia la zona VIP antes de hacer una leve inclinación de cabeza.

— Síganme.

Las guio entre la multitud hasta una zona apartada donde el ritmo de la música se sentía más amortiguado. Un par de hombres trajeados estaban sentados en sofás de cuero, conversando en tono bajo. En el centro, con una copa de whisky en la mano y un cigarrillo encendido en un cenicero de cristal, estaba Marcel. Al verlas, esbozó una sonrisa ligeramente chulesca.

— Mira quién ha vuelto —dijo, reclinándose en el asiento con aire relajado—. Lorena, ¿no? Y... —ladeó la cabeza hacia Nicol.

— Nicol —respondió ella, alisándose el vestido con una sonrisa algo tensa.

— Claro. —Marcel dio un sorbo a su whisky y luego señaló los sofás frente a él—. Sentaos. Tomad lo que queráis. Como te prometí, Lorena estáis invitadas a todo esta noche.

Nicol se dejó caer sin dudarlo, pero Lorena se tomó un segundo más. Se sentó con elegancia, cruzando las piernas con lentitud, sabiendo perfectamente que Marcel estaba observando cada uno de sus movimientos.

— ¿Y qué se supone que debemos hacer para merecer tanta generosidad? — preguntó con una sonrisa juguetona.

Marcel rió entre dientes, apoyando un brazo en el respaldo del sofá.

— Divertirse. Nada que no queráis hacer. Solo disfrutad. Bebed. Bailar. Conoced a gente interesante. —Hizo una seña a una camarera vestida como una modelo—. ¿Qué queréis tomar?

Nicol pidió un vodka con limón sin pensarlo dos veces. Lorena, en cambio, se inclinó un poco hacia Marcel, sin apartar la mirada de la suya.

— Sorpréndeme.

Marcel sonrió de nuevo, un destello de diversión en sus ojos oscuros.

— Me gusta tu estilo, Lorena. Creo que te vas a llevar muy bien con la gente de aquí.

Se inclinó hacia la camarera y le susurró algo al oído. A los pocos minutos apareció de nuevo la camarera con las consumiciones. Ella cogió la copa que le pusieron en la mano sin dejar de sostener su mirada. Sabía que esa noche era su tarjeta de presentación.

— Tequila Sunrise —dijo Marcel sosteniéndole la mirada— Dulce pero con un toque... ácido. Suave, pero intenso. Creo que es perfecto para una mujer como tú.

Lorena lo probó y asintió con media sonrisa.

— Buenísimo. Me gusta.

— Y ahora chicas... Me gustaría que me dejaseis ver vuestros DNI.

Lorena y Nicol se quedaron un segundo en silencio ante la petición de Marcel. Se miraron de reojo, con una chispa de nerviosismo en los ojos. No es que fueran menores, pero tampoco estaban acostumbradas a que alguien se lo pidiera en un sitio como aquel.

— ¿Pasa algo? —preguntó Marcel, arqueando una ceja mientras jugueteaba con el vaso de whisky en su mano.

— No, claro que no —contestó Lorena con rapidez. — No me suelen pedir el DNI en las discotecas.

Sacó su cartera y lo extrajo con un movimiento seguro. Nicol la imitó un segundo después. Marcel los inspeccionó con calma, sin prisa, como si estuviera evaluando algo más allá de la fecha de nacimiento. Luego les devolvió los documentos y sonrió.

— Tranquilas, chicas. Es por vuestra tranquilidad y por la mía. No puedo permitirme meter a menores aquí —dijo con un tono suave, casi perezoso—. Todo tiene que estar en regla, ¿lo entendéis? Este lugar es exclusivo. No admitimos a cualquiera... Ni por edad, ni por aspecto, y por supuesto, por comportamiento.

— Entendido —respondió con una sonrisa seductora. — Entiendo que hemos pasado todas las cribas. ¿No?

— Por supuesto, Lorena. De no haber sido así, no estaríais sentadas conmigo en esta mesa.

Nicol bebió un sorbo de su copa, aún con la tensión en los hombros, pero Marcel le puso una mano en el muslo con un aire de complicidad.

— Relajaos y disfrutad de la discoteca. Esta noche estáis invitadas a todo.

Las dos intercambiaron una mirada rápida antes de que Marcel se levantara y se alejara entre la multitud con la seguridad de quien sabe que ese es su reino. Nicol soltó el aire en un suspiro y se inclinó hacia Lorena.

— Joder, qué susto.

— ¿Ves? Hay que aprender a mantener la calma. Si dudamos, ellos también lo hacen —dijo Lorena con una sonrisa triunfal.

Cogió su copa y la levantó en dirección a Nicol.

— Por nuestra primera noche VIP.

La música retumbaba en el pecho de Lorena mientras su cuerpo se movía al ritmo de los graves. Nicol y ella dominaban la pista, sus vestidos ajustados reflejando las luces que giraban sobre sus cabezas. El sudor perlaba su piel. Muchos cuerpos se movían a su alrededor, creando un ambiente cargado de deseo y euforia.

Un chico alto, con el cabello oscuro y despeinado, se acercó a Lorena con la seguridad de quien está acostumbrado a conseguir lo que quiere. Llevaba una camisa negra, dejando ver un destello de piel bronceada en el cuello. Su mirada era intensa, fija en sus labios, y sus manos se movieron con naturalidad hasta su cintura, guiándola en una partida de seducción implícito en cada uno de sus movimientos. Lorena le siguió el juego, dejando que su cuerpo rozara el suyo, provocándolo con giros sensuales y sonrisas fugaces. Él intentó acortar la distancia, inclinándose para susurrarle algo al

oído, pero ella se apartó con una risa suave, disfrutando del poder de su propio magnetismo.

A pocos metros, Nicol también había captado la atención de alguien. Un rubio de mandíbula marcada y camiseta ajustada se había acercado con una copa en la mano, ofreciéndosela como si fuera un tributo. Ella la aceptó con una sonrisa coqueta, bebiendo un sorbo antes de devolverle la mirada con descaro. No tardaron en bailar juntos, él presionando su cuerpo contra el de ella con una seguridad dominante. Nicol respondía con movimientos calculados, dejando que sus manos rozaran su cuello, sus brazos, pero sin entregarse del todo. Jugaba con la distancia, con la anticipación, con el deseo latente en el aire.

Desde su mesa privada, Marcel no les quitaba ojo de encima. Su vaso de whisky descansaba sobre la mesa, intacto, mientras su mirada seguía cada uno de sus movimientos con interés. Conocía bien aquel juego. Sabía distinguir cuándo una chica buscaba atención y cuándo realmente disfrutaba del poder que ejercía sobre los demás. Y Lorena... ella estaba aprendiendo rápido. Tal vez pudiesen servir...

A unos metros de Lorena y Nicol, una morena de labios gruesos y curvas marcadas se dejaba arrinconar contra una columna de la pista. El hombre que la acompañaba, el clásico ejecutivo de traje sin corbata, le susurraba algo al oído mientras deslizaba su mano por su espalda baja, empujándola sutilmente contra su cuerpo. Ella no se apartaba, al contrario, sonreía con malicia y dejó que sus labios rozaran su mandíbula mientras movía las caderas al ritmo de la música. Su escote pronunciado brillaba con el sudor y las luces, y su vestido de tela fina se pegaba a su piel como una segunda capa. Él bajó la mano, rodeándole la cadera con posesión, y ella, en lugar de detenerlo, arqueó ligeramente la espalda, dándole vía libre para seguir explorando.

Más al fondo, en un reservado medio oculto por cortinas oscuras, otra escena se desarrollaba con una intensidad distinta. Una rubia con vestido dorado se reía, con la cabeza echada hacia atrás, mientras un hombre algo mayor—de pelo entrecano y un Rolex brillante en la muñeca—le pasaba un dedo por el muslo desnudo. Ella no hacía ademán de apartarlo; al contrario, se inclinó hacia él, susurrándole algo que lo hizo sonreír con satisfacción. En su mano, una copa con un líquido ámbar que agitaba distraídamente mientras su otra mano seguía ascendiendo, trazando círculos sobre su piel. La chica entrecerró los ojos, disfrutando de la sensación, dejando claro que estaba exactamente donde quería estar.

Desde su posición en la pista, Lorena y Nicol observaban todo sin dejar de bailar, intercambiando miradas llenas de significado. Nicol se acercó más a Lorena, aprovechando que la música atronadora les obligaba a hablar pegadas. Le agarró del brazo y, con los labios casi rozándole la oreja, le susurró con tono alarmado:

— Tía, creo que esas tías son putas.

Lorena parpadeó, todavía con el ritmo del baile en el cuerpo, y giró la cabeza hacia su amiga.

— ¿Qué dices? —respondió con incredulidad.

— Que sí, joder. ¿No lo ves? —Nicol señaló con disimulo hacia la morena que se dejaba tocar sin reparos por el tipo del traje—. Mira cómo se deja sobar. Y aquella otra... —movió la cabeza en dirección al reservado donde la rubia parecía casi ronronear bajo las caricias del hombre mayor—. No me jodas, Lorena, ¿qué crees que están haciendo?

Lorena siguió con la mirada a las mujeres. Las luces estroboscópicas las iluminaban intermitentemente, haciendo que la escena pareciera aún más decadente. No podía negar que la imagen era sospechosa, pero...

— No sé, tía... igual simplemente les mola la pasta y estar con tíos con pasta —dijo, mordiéndose el labio con cierta duda.

Nicol la miró con escepticismo.

— Sí, claro. Y yo soy monja. No me jodas, Lore, esto no es como las discotecas a las que íbamos antes. Aquí la peña juega en otra liga.

Lorena desvió la mirada de nuevo hacia las chicas y frunció el ceño. ¿Podría ser verdad? Hasta hacía un momento, solo las había visto como mujeres que sabían lo que querían y lo tomaban sin reparos. Pero ahora, con la duda sembrada, la escena adquiría un matiz diferente.

— ¿Y si simplemente se lo están pasando bien? —insistió, aunque su tono ya no sonaba tan convencido.

Nicol resopló.

— Mira tía. A ti esto del pijerío te ha debido de volver medio gilipollas. Yo lo tengo claro. Esto no es solo una discoteca. Aquí hay algo más.

Lorena se humedeció los labios y dejó que sus ojos vagaran por la sala. Sus ojos se cruzaron con los de Marcel, que seguía observándolas con su media sonrisa de siempre. Algo en su mirada le hizo sentir un escalofrío, pero se obligó a apartar el pensamiento.

— Vamos a seguir bailando —dijo finalmente, sacudiendo la cabeza como si quisiera despejarla—. No hemos venido a rayarnos, ¿vale?

Nicol la miró un segundo más antes de encogerse de hombros.

— Lo que tú digas, Lore. Pero mantén los ojos abiertos.

Marcel se acercó a las chicas con su elegancia natural, esa que no parecía forzada, sino adquirida con los años y la costumbre de moverse entre lo mejor de lo mejor. Se inclinó levemente hacia ella y, con una media sonrisa, le susurró al oído:

— Acompáñame un momento. Me gustaría hablar contigo de un asunto en privado.

Lorena sintió un pequeño escalofrío recorrerle la espalda. Miró de reojo a Nicol, que estaba demasiado entretenida bailando con un grupo de chicos como para notar su partida. Dudó por un instante, pero algo en la mirada de Marcel la empujó a asentir y seguirle.

Atravesaron un pasillo lateral, lejos del ruido ensordecedor de la pista. Con cada paso que se adentraban en el pasillo, la música se amortiguaba, sustituida por un silencio elegante que pesaba en el ambiente. Marcel abrió una puerta de madera maciza y le hizo un gesto para que entrara.

Aquel despacho privado era otro mundo comparado con el bullicio de la discoteca. Todo en él exudaba lujo y buen gusto. La madera oscura de las paredes, con varios cuadros modernos, confería una calidez casi solemne. Un enorme escritorio de roble presidía la estancia, acompañado por un sillón de cuero negro de aspecto imponente. En una esquina, una pequeña barra de bar con botellas de cristal tallado brillaba bajo una lámpara de araña tenue, y un sofá Chesterfield de cuero marrón ofrecía un asiento elegante. Sobre la pared principal, un cuadro abstracto rompía con la sobriedad del lugar, aportándole un aire moderno.

Marcel se dirigió sin prisa hacia la barra y, con un gesto, le ofreció algo de beber.

— ¿Whisky? ¿Champán? ¿O prefieres agua? —preguntó con esa calma que lo hacía tan intrigante.

— Champán, gracias —respondió ella, sin estar segura de si debía o no aceptar algo más fuerte.

— Así me gusta... El buen gusto siempre es importante...

Marcel abrió una botella y sirvió dos copas. Le entregó la suya antes de sentarse en el sofá, indicándole con la mirada que hiciera lo mismo. Lorena se acomodó con las piernas cruzadas y esperó, con el vaso entre las manos.

— Eres una chica muy interesante, Lorena —comenzó él, apoyando un brazo en el respaldo mientras la observaba con esa mirada que parecía leerla por dentro—. Desde que entraste aquí con Javi, supe que tenías algo especial. Tienes cierto... hipnotismo. Generas deseo, pasión.

Lorena arqueó una ceja, pero no dijo nada. Esperó.

— He estado observándote esta noche. Cómo te mueves, cómo sonríes, cómo llamas la atención sin apenas esfuerzo —continuó—. Y he pensado que podríamos hacer algo interesante juntos.

— ¿Ah, sí? —preguntó ella con cautela, llevándose el vaso a los labios.

— Sí —asintió él—. Quiero ofrecerte algo, pero antes de que pienses mal, déjame explicarte. No tienes que hacer nada que no quieras. No hay ninguna obligación. Lo único que quiero es que vengas de vez en cuando al club, así de guapa como estás ahora, y que seas tú misma.

Lorena frunció el ceño.

— ¿Sólo eso?

— Sólo eso —repitió Marcel con una sonrisa encantadora—. Obviamente, te pagaría por ello.

Ella se removió en el asiento.

— No sé... No acabo de entender —dijo con sinceridad—. ¿Por qué pagarme por venir aquí?

Marcel dejó escapar una risa baja, como si la pregunta le hiciera gracia.

— Este mundo funciona de maneras que a veces no entendemos hasta que estamos dentro —explicó—. Las personas carismáticas, sensuales y con presencia, como tú, aportan valor a lugares como este. Tener a mujeres como tú aquí hace que el club sea más atractivo. Y hay gente que está dispuesta a pagar mucho dinero por estar rodeada de belleza.

Lorena se quedó en silencio un momento, procesando sus palabras.

— ¿Quieres que sea un adorno?

— Quiero que seas tú —corrigió él—. Quiero que brilles. Que luzcas lo que tienes y que disfrutes mientras lo haces. No hay trampa ni engaño. Si algún día decides que ya no te interesa, simplemente dejas de venir. Pero si aceptas, te garantizo que te va a gustar.

Lorena mordió el interior de su mejilla. Era tentador. Muy tentador. Dinero por hacer algo que, en el fondo, ya hacía. Pero algo en su interior le decía que, aunque Marcel lo pintara bonito, nada era tan simple como parecía.

— Déjame pensarlo —dijo finalmente.

Marcel asintió, sin parecer sorprendido.

— Por supuesto. No tienes que darme una respuesta ahora. Tómate tu tiempo.

Se inclinó ligeramente hacia ella y le sostuvo la mirada con una intensidad que casi la hizo estremecerse.

— Pero si decides aceptar, Lorena... —dijo en voz baja—. Te prometo que no te arrepentirás.

Solo hay un pequeño problema, continuó Marcel con tono despreocupado mientras se recostaba en su imponente sillón de cuero. -Nicol. Tiene aspecto de cajera de supermercado. No es el tipo de chica que quiero aquí.

Lorena sintió que la ira le subía por el pecho.

— ¿Qué dices? Es mi amiga.

Marcel levantó las manos con gesto conciliador.

— Tranquila, tranquila. No digo que no pueda venir, pero entiéndelo. Este sitio tiene un perfil muy específico. Las chicas que frecuentan mi club proyectan una imagen de exclusividad, de lujo. Nicol... Bueno, no encaja del todo.

Lorena apretó los labios. Sabía que su amiga tenía un aire más barriobajero, que su ropa no era la más cara ni su forma de moverse la más refinada. Pero la idea de que la despreciaran por eso le quemaba por dentro.

Marcel la observó con interés y, tras unos segundos de silencio, suavizó el tono. - Mira, podemos hacer una cosa. Puedes traerla de vez en cuando. Pero si realmente quieres aprovechar esta oportunidad, tienes que entender que esto es un juego de apariencias. Y tú tienes mucho potencial. Ella no.

Lorena bajó la mirada, reflexionando. Había llegado hasta allí por algo. Esta era su oportunidad. Un mundo nuevo se abría ante ella, un mundo de lujo, privilegios y poder. No podía arriesgarse a perderlo por sentimentalismos.

Finalmente, levantó la vista y asintió despacio.

— Está bien. Lo entiendo. Y no quiero darle más vueltas. Acepto tú propuesta.

— Bien, aceptas. Me gusta la gente decidida —dijo Marcel con una sonrisa satisfecha—. Por cada noche que vengas, te pagaré quinientos euros. Mínimo dos noches a la semana. Y, por supuesto, todas tus consumiciones correrán por cuenta de la casa.

Lorena sintió que el corazón le daba un vuelco. Quinientos euros por noche. Era más de lo que su madre ganaba en dos semanas limpiando casas. Intentó mantener la compostura, como si estuviera acostumbrada a ese tipo de tratos.

— No está mal —respondió con aparente indiferencia.

— Para empezar —añadió Marcel—. Si todo va bien, podríamos hablar de mejorar las condiciones. Pero eso ya lo veremos en función de la aceptación que tengas. Recuerda una cosa. Es un trabajo. No te pago para que te lo pases bien. Debes entender que serás una especie de camarera, o de gogó. No te equivoques, no te exigiré nada que no quieras hacer, pero debes seguir mis instrucciones. Además, hay otro detalle importante...

Marcel la observó de arriba abajo, como calibrándola.

— Necesito que vengas con ropa de este estilo. Incluso más atrevida. Algo que te haga destacar aún más.

Lorena arqueó una ceja.

— ¿Algo como qué?

— Ven, te enseñaré.

La condujo a través de una puerta lateral hasta un guardarropa exclusivo. No era un simple ropero, sino una especie de showroom de lujo. Vestidos colgaban en perchas de madera, organizados por colores y estilos. Los tejidos brillaban bajo la luz tenue del salón: sedas, lentejuelas, encajes casi invisibles.

Marcel deslizó una mano por una hilera de vestidos y sacó uno rojo fuego.

— Este, por ejemplo. Transparencias, corte ajustado y abertura lateral hasta el muslo. Imposible pasar desapercibida.

Lorena lo tomó entre los dedos. El tejido era ligero como el aire.

— ¿No es un poco... demasiado? —preguntó con una sonrisa juguetona.

Marcel rió.

— Aquí no existe el "demasiado". Quiero que brilles, Lorena.

Sacó otro vestido, esta vez negro. Era más corto, con escote halter y una espalda completamente descubierta. El tejido satinado prometía pegarse a la piel como una segunda capa.

— Este grita sofisticación y peligro —dijo él—. ¿Cuál prefieres?

Lorena los observó con detenimiento, sintiendo la excitación recorrerle el cuerpo. Era como elegir un arma antes de entrar en batalla. Finalmente, alzó la mirada hacia Marcel.

— Me probaré los dos. Pero me gusta el rojo.

Él sonrió, complacido.

— Tienes tiempo. Al final acabarás usándolos todos. Se girarán para verte. Puedes creermelo.

Marcel la miró fijamente, como queriendo asegurarse de que comprendía cada una de sus palabras.

— Quiero que te quede algo muy claro, Lorena —dijo con voz firme—. Esto no es un club de alterne. No tenemos habitaciones ni nada parecido. Lo que hagas fuera de aquí no es asunto mío, pero dentro de mi local hay normas.

Lorena asintió en silencio, con el vestido ceñido que sostenía frente a ella llamándola a gritos. Marcel continuó muy serio:

— No quiero peleas, ni que te pases con el alcohol. Y por supuesto, nada de drogas. Aquí se viene a seducir y a hacer que los clientes gasten, ¿entendido? Un cliente que está a gusto, consume más. Es simple, pero funciona.

— Entendido —respondió ella sin titubear.

— Mi negocio es vender copas —prosiguió él, paseándose por la estancia—. Sobre todo, botellas de champán. Cuando un cliente pida una para ti, asegúrate de que se sienta el rey del mundo. Eso es lo que buscamos aquí. Que disfruten, que gasten y que vuelvan.

Lorena se miró en el espejo, con otro vestido. Este era de lentejuelas plateadas. Su reflejo le devolvió una imagen que le gustó. Estaba preparada para aquello.

Regresaron a la pista de baile donde había dejado a Nicol, pero lo que encontró la dejó helada. Nicol estaba acorralada contra una columna de la discoteca, atrapada entre los brazos de un tipo alto, de camisa y corbata floja que tenía una mirada depredadora. Sus manos recorrían su cuerpo sin pudor, deslizándose por su cintura, subiendo peligrosamente hacia su escote. Nicol, lejos de apartarlo, se dejaba hacer, riendo con esa risa pastosa de quien ha bebido demasiado.

Cuando Nicol la vio, se zafó torpemente del chico y corrió hacia ella tambaleándose, con una copa en la mano que estuvo a punto de derramar.

— ¡Tía! ¡Esto es el puto paraíso! —gritó, arrastrando las palabras. Sus ojos brillaban, pero no de emoción, sino del alcohol que tenía en la sangre. Se sujetó del brazo de Lorena para no perder el equilibrio—. Estos tíos están buenísimos. Y encima invitan a todo. ¿Sabes cuántos chupitos me he tomado? Ni puta idea. ¡Pero han sido muchos! —soltó una carcajada descontrolada.

Lorena la observó en silencio, analizando cada uno de sus gestos. La Nicol que tenía delante no era la amiga con la que se había arreglado unas horas antes. Era una chica borracha, sin control, fácil de manejar para cualquiera que quisiera aprovecharse. Se pasó la lengua por los labios y le agarró el brazo con más firmeza.

— Nicol, para ya. Estás haciendo el ridículo.

Nicol soltó un bufido, soltándose de su mano.

— No seas aguafiestas, Lorena. ¡Vive un poco! Esto es lo que queríamos, ¿no? Hombres con pasta, copas gratis, fiesta sin fin...

Lorena apretó los labios. No, no era eso lo que ella quería. Al menos, no así. Nicol no entendía nada. No veía la diferencia entre disfrutar de los privilegios de ese mundo y ser tragada por él. Nicol sólo veía fiesta, donde ella veía una posibilidad de salir de su vida de mierda. Era su opción, y no iba a permitir que nadie se la tirase por la borda.

— Marcel nos invitó aquí para que lo pasáramos bien, pero no para que nos comportáramos como crías borrachas —dijo, midiendo sus palabras.

Nicol alzó las cejas y puso cara de burla.

— Oh, claro, ahora eres la señorita sofisticada. No me jodas, Lorena. Tú y yo somos del mismo sitio. No puedes actuar como si fueras diferente.

Lorena sintió un pinchazo en el pecho. Claro que eran del mismo sitio. Pero eso no significaba que tuvieran que seguir en el mismo lugar toda la vida.

— Tienes razón —contestó con frialdad—. Venimos del mismo sitio. Pero yo no pienso quedarme allí.

Nicol frunció el ceño, como si su cerebro intentara procesar lo que acababa de escuchar. Pero no le dio tiempo a responder, porque el tipo con el que había estado antes se acercó y le pasó un brazo por los hombros.

— Vamos, guapa, no me dejes con las ganas —le susurró al oído, pegando su cuerpo al de ella.

Nicol se rió, y sin mirar a Lorena, se dejó arrastrar de nuevo hacia la pista.

Lorena se quedó quieta, sintiendo una punzada de decepción en el estómago. Nicol no entendía lo que ella veía con tanta claridad: que si quería salir de ese mundo, tenía que empezar a elegir bien con quién se rodeaba. Y Nicol, definitivamente, no era la compañía que necesitaba.

*Si te está gustando... Continúa
leyendo.*